

PARTE TRES
EL FUTURO DE LOS PERIÓDICOS
(SEIS)
EL RETO DE LA COMPLEJIDAD

No hay nada nuevo en la complejidad. Simplemente, lo que parece complicado continúa cambiando. En otra época los periódicos encontraban que era un reto tratar de comprender y comunicar la forma en que las bacterias producen las enfermedades o cómo funciona un teléfono. (En 1906, Henry Adams expresó su asombro por las complejidades del motor Daimler.¹) Ahora estas cosas se han tornado familiares, pero la retrovirología humana y la fusión fría son otra cosa.

El conocimiento se está fragmentando; las disciplinas intelectuales se están haciendo más insulares y especializadas. Cada una requiere apuestas anonadadoras para poder entrar en el juego: jergas impenetrables, caprichos metodológicos, profundos estratos de información de antecedentes que las discusiones académicas asumen que son compartidos por todos los participantes. Buena parte de esto probablemente es innecesario. En mi experiencia, mientras más formidable sea el intelecto, más probable es que la persona que tenga esa bendición exprese sus argumentos de manera clara. Obviamente, en las matemáticas, las ciencias físicas y las ramas empíricas de las ciencias sociales, es necesario primero expresar los modelos en formas cuantitativas y posiblemente abstractas. Pero la traducción puede seguir muy pronto si existe la voluntad y la brillantez para hacerla. El principio de la elegancia, después de todo, presupone que la verdad tiene una belleza simple, que debe poderse comunicar.

Desafortunadamente, no todos los académicos ven la importancia de escribir para ser comprendidos.² Sin embargo, nunca ha sido más importante que las personas no especialistas comprendan lo que los estudiosos e investigadores tienen que decir. Las

¹ Henry Adams, *The Education of Henry Adams*, ed. Ernest Samuels y Jayne N. Samuels (1918; reimpresión, New York; Library of America, 1983), 1067.

² Véase Patricia Nelson Limerick, "Dancing with Professors: The trouble with Academic Prose," *New York Times Book Review*, 31 de octubre de 1993, 3.

decisiones públicas se basan cada día más en los resultados de los debates entre expertos. Y los enormes compromisos fiscales que se hacen para adelantar teorías científicas o convertir abstracciones en instrumentos reales de paz y de guerra son sólo el comienzo. Nuevas ramas de la ley —ambiental, salud y seguridad ocupacional, incluso las definiciones constitucionales de las libertades individuales (como el derecho al aborto)— se basan directa y específicamente en hipótesis que todavía son tema de debate científico. El manejo del papel del gobierno en la economía tiene las características de un choque de teorías intelectuales. La tecnología y el pensamiento de punta ahora dan forma a la acción gubernamental tan innegablemente como forman la actividad comercial. Y mientras las comunicaciones rápidas y la competencia feroz acortan el tiempo entre la formulación de una idea y su aplicación a manos de quienes toman las decisiones, el público fácilmente puede encontrar que se ha quedado a oscuras.

Entre tanto, las apuestas en el juego intelectual —no solamente la gloria sino también el dinero— han aumentado. El mecanismo mediante el cual los valores profesionales básicos pasan de generación a generación ha tenido tropiezos y, como resultado, algunos integrantes importantes de los mismos grupos con los cuales cuenta la sociedad para que digan la verdad han caído en hábitos de deshonestidad intelectual. Todo nuevo riesgo médico y del medio ambiente parece tener sus proponentes académicos dispuestos a aterrorizarnos: el agotamiento de la capa de ozono, el calentamiento global, el enfriamiento global, para no hablar del amianto, los químicos tóxicos en las manzanas y el riesgo del SIDA pediátrico. Detrás de ellos hay fuertes intereses con agendas políticas y económicas más amplias. Lo mismo se aplica a los sanalotodos, desde el salvado de avena hasta la competencia controlada en la industria de la atención médica. Y los periodistas están demasiado dispuestos a transmitir mala información técnica.

Este no es el lugar para profundizar en la naturaleza y las causas de este cambio en el entorno intelectual. Pero si la especialización y la complejidad han proliferado, y si los integrantes de las profesiones que cuentan la verdad (incluyendo los académicos,

científicos investigadores y periodistas) han perdido su sentido de claridad respecto a la obligación de tener honestidad intelectual, entonces el papel de los periódicos se ha hecho crucial. Deben ser árbitros en un debate que tiene cada día menos reglas y deben ayudar a la gente a desglosar los asuntos técnicos complejos que dan forma a sus vidas.

Estas son tareas desafiantes. Es mucho más fácil hacer el comentario sabio de que la percepción es la realidad y luego manejar la percepción que luchar con las barreras formidables que impiden la comprensión y la comunicación de las realidades complejas respecto a las cuales se forman con facilidad percepciones equivocadas. Pero, en algunos de los campos más complicados, las percepciones erradas pueden significar errores en políticas sociales que conllevan consecuencias mortales, y en todas ellas las percepciones equivocadas llevan a una mala asignación de recursos escasos y a un mal uso del dinero de los contribuyentes.

EJEMPLO DE TEXTO

El 1989 el *Tribune* publicó una sección de dieciséis páginas, sin publicidad, dedicada a una nota por John Crewdson donde se detallaba la historia y el misterio del descubrimiento del virus que causa el SIDA y el desarrollo de una prueba de sangre para detectarlo.³ Si hubiera sido una historia convencional, el artículo hubiera podido ser mucho más corto y accesible. Pero los recuentos que hicieron los principales científicos sobre su trabajo no cuadraban con los hechos, y eso hizo que la historia fuera muy importante y muy difícil de contar.

Algunas partes de la historia ya habían salido a la luz pública cuando un grupo de científicos franceses del Instituto Pasteur de París entabló una demanda legal para disputar la patente americana sobre una prueba de sangre que había hecho posible el aislamiento del virus del SIDA. Cuando la demanda fue arreglada por una intervención

³ John Crewdson, "Special Report: The Great AIDS Quest," Chicago Tribune, 19 de noviembre de 1989, sección 5.

diplomática en ambos lados del Atlántico, los científicos contendores escribieron una historia oficial. Tenía muy poco que ver con lo que había sucedido realmente, tanto por lo que decía como por lo que callaba. El artículo de Crewdson mostraba en detalle las discrepancias entre lo que había reportado el equipo americano del Instituto Nacional de Salud en sus doctos artículos y declaraciones públicas y lo que mostraban los registros de su laboratorio y otros documentos. Esa no era una historia en la cual los participantes se hubieran sentado de buen agrado con el reportero a explicarle los detalles. Los principales científicos del laboratorio del Instituto Nacional de Salud se negaron a cooperar y dedicaron sus energías más bien a impedir que Crewdson terminara su reportaje y que el *Tribune* lo publicara.

Para comprender las enigmáticas notas de laboratorio, los documentos y los memorandos, Crewdson tuvo que familiarizarse completamente con el campo de la retrovirología (el estudio de un tipo especial de virus que se ha demostrado que causa en los humanos una forma de leucemia y el SIDA). Después de dominar este tema, llevó a cabo el trabajo detectivesco de organizar miles y miles de páginas de material y luego hacer más consultas para llenar los vacíos de manera que pudiera reconstruir la historia. Finalmente, tuvo que salir del oscuro mundo de la retrovirología y encontrar la forma de contar la historia a aquellos como nosotros cuyo conocimiento de los virus comienza y termina con un caso de influenza.

Crewdson y sus directores, entre los que me contaba yo, no logramos hacer frente al reto de crear una retórica apropiada para la tarea. El artículo exigía demasiado al público. La ciencia ya es bien difícil de comunicar cuando la información es clara y directa. (Explique rápidamente las bases de la mecánica cuántica.) Pero cuando la evidencia está dispersa, no existe o está camuflada, se crea otra gruesa capa de dificultades. Las mentiras directas hacen aún más difícil contar la historia. Con frecuencia ya es suficiente reto seguir un reportaje investigativo sobre un fraude financiero convencional, y eso que todo el mundo sabe cómo funciona el dinero. La dificultad de las historias de investigación surge de la necesidad de manejar evidencias y argumentos encontrados y de explicar las bases sobre las cuales se sacan las

inferencias más importantes. Con frecuencia el reportero no sabe todo lo que quisiera saber. Después de todo, no tiene el poder de expedir órdenes de comparecencia y no puede obligar a nadie a declarar so pena de perjurio. De manera que, para hacer una buena labor, el escritor tiene que reconocer los vacíos en su información y manejarlos abiertamente. Esto con frecuencia le impide hacer una presentación en línea recta.

En la investigación sobre el descubrimiento del virus del SIDA hubo otro factor de complicación. Sabíamos que teníamos que llegar y persuadir no solamente a nuestro público básico sino también a la comunidad científica. Si los científicos no nos tomaban en serio, el trabajo de Crewdson no habría servido de nada. Y la comunidad científica no estaba muy deseosa que digamos, de aceptar la idea de que pudieran enterarse de algo en el *Chicago Tribune* que no pudieron conocer en *Nature and Science* (la principal publicación docta sobre el tema). Sabíamos que la primera línea de defensa de la comunidad científica para no aceptar el trabajo de Crewdson sería que el recuento periodístico era muy simplista, que como lego, Crewdson no comprendía nada sobre los matices. Si hubiésemos simplificado excesivamente la historia habríamos sido presas de la reacción inmunitaria de la ciencia contra las críticas externas. De manera que transigimos entre los públicos —el público general y el público especializado reducido— lo cual dejó el trabajo como algo cuya lectura era más desafiante que cualquiera otra publicación que hubiésemos hecho en el *Tribune*.

Entretanto, el reportero y los directores tenían que asegurarse de que todas las aseveraciones estuvieran documentadas, de que los investigadores tuvieran la oportunidad de plantear sus propias opiniones (oportunidad que rara vez aprovecharon), y que los argumentos contrarios importantes fueran manejados de una manera responsable. En este respecto, el artículo tuvo éxito. Todas las acusaciones importantes que aparecieron en el artículo de Crewdson han sido confirmadas.

El artículo reportaba que no podíamos llegar a la conclusión de si había ocurrido robo o contaminación en el laboratorio del científico americano, y la evidencia sobre este asunto sigue siendo inconcluyente. Pero la mayoría de los científicos que presta

cuidadosa atención a estas cosas acepta ahora los hechos fundamentales del descubrimiento del SIDA como los planteó Crewdson y han rechazado las múltiples declaraciones erradas de los científicos del Laboratorio Nacional de Salud. Los principales elementos son los siguientes: pese a muchas declaraciones del doctor Gallo en sentido contrario emitidas en el transcurso de muchos años, las muestras del virus que fueron enviadas a su laboratorio en el Instituto Nacional de Salud por los científicos del Pasteur eran prácticamente idénticas en términos genéticos al virus que decía haber descubierto y luego utilizado en las pruebas de sangre que patentó. (Debido a que el virus del SIDA presenta mutaciones rápidas, Crewdson llegó a la conclusión de que tuvo que haber habido una contaminación accidental o un robo en el laboratorio del doctor Gallo.) Pese a las muchas declaraciones del doctor Gallo en sentido contrario, su laboratorio estaba cultivando el virus francés en cantidades suficientes para llevar a cabo un gran número de experimentos. Y la cepa de células en la cual logró el crecimiento continuo del virus del SIDA no era creación de su propio laboratorio, como lo insinuaban originalmente los artículos y declaraciones que salían de su laboratorio, sino algo desarrollado previamente por otro científico. De manera que los americanos no crearon el medio en el cual se pudo cultivar el virus así como tampoco descubrieron el virus que causa el SIDA. “Descubrieron” un virus que los franceses ya habían identificado como el causante del SIDA y, bien accidental o intencionalmente, se lo apropiaron.

Varios de estos temas tienen una importancia mucho más que histórica. El reconocimiento por parte del laboratorio del doctor Gallo de la verdadera identidad de la línea celular únicamente hubiera permitido a los investigadores fuera de su laboratorio un avance más rápido, ya que la línea celular se podía obtener fácilmente. Según el panel de científicos de la Academia Nacional de Ciencias que revisó la investigación del Laboratorio Nacional de Salud, el doctor Gallo fue “esencialmente inmoral” en su renuencia a compartir las muestras de la línea celular que utilizó.⁴ Una y otra vez, resultó que Crewdson tenía razón en cuanto a la ciencia y a la historia y se demostró

⁴ Informe de Frederic M. Richards (profesor emérito Sterling, Departamento de Biología Molecular y Bioquímica, Universidad de Yale) a Bernadine Healy, director de los Institutos Nacionales de Salud (National Institutes of Health), 19 de febrero de 1992.

que el doctor Gallo estaba equivocado. Pero pese a este caso de periodismo que ayudó a corregir importantes declaraciones científicas erróneas, no sé si la mayoría de los científicos aún hoy acepta la idea de que los periódicos tienen su papel en la investigación de tales asuntos. Tampoco estoy seguro de que la mayoría de los reporteros y directores de los periódicos piense igual.

¿DEBEN LOS PERIÓDICOS INVESTIGAR LAS CIENCIAS?

¿Qué pueden los periódicos presumir que agregue algo al intercambio abierto y a la competencia entre los científicos que se supone desarrolle el conocimiento y corrige errores importantes? Nunca nos podremos constituir en institutos de investigación en ninguna ni en la totalidad de las múltiples especialidades en las cuales se ha fragmentado la ciencia. Siempre seremos generalistas atrapados en un laberinto diseñado por expertos. Siempre seremos los aficionados, los que están afuera mirando hacia adentro, los que se meten en asuntos que están más allá de su comprensión.

Sin embargo, si uno plantea la pregunta al contrario, queda claro que los periódicos tienen un papel apropiado en el examen crítico de la ciencia. Se supone que el periodismo ilumina los asuntos de interés público y esto incluye el trabajo de descubrir información significativa que de otra forma podría quedar oculta. De modo que el periodismo tiene que abordar la ciencia (y otras disciplinas especializadas que utilizan grandes sumas de fondos públicos y tratan asuntos públicos de gran interés) con el mismo escepticismo disciplinado con el cual aborda las actividades de un consejo municipal o un gobernador.

La comunicación y la competencia abierta entre los científicos ofrecen claramente el mecanismo más poderoso para perfeccionar el estado del conocimiento a través del descubrimiento. Pero la ciencia no necesariamente se corrige a sí misma con la suficiente rapidez para evitar la desviación de los dineros públicos o el abuso de la confianza del pueblo. Tampoco corrige necesariamente a los científicos a tiempo para impedir que influyan adversamente sobre las decisiones públicas, incluso sobre temas

tan apremiantes como una peste mortífera. Y la investigación sobre el SIDA no es un ejemplo aislado de este asunto. Después, Crewdson reveló que parte de los datos de un importante proyecto de investigación sobre cáncer de mama habían sido sistemáticamente falsificados. Un editorial en el *Journal of the American Medical Association* expresó: “Lo que sorprende, lo que realmente es del todo inexplicable, es que tuvimos que enterarnos de todo esto en el *Chicago Tribune* y no a través de una publicación científica, y que hayamos tenido que esperar tanto para enterarnos.”⁵

Los científicos, especialmente aquellos que trabajan en la punta de lanza del descubrimiento, pueden no estar específicamente interesados en revisar los detalles del trabajo ajeno a menos que haya algo extraño en él lo cual, por medio de un examen crítico, pueda resultar útil para su propio trabajo. Un científico con suficiente influencia puede, si es suficientemente despiadado, utilizar ese poder para atemorizar a otros colegas que, de lo contrario podrían sugerir imperfecciones en su trabajo. El interés de los otros científicos no es, y probablemente no debe ser, proteger la integridad del proceso mediante el cual se expiden las partidas gubernamentales para la investigación ni la calidad de la información que se utiliza en la toma de decisiones del gobierno. Estos son asuntos más relacionados con los intereses tradicionales de los periódicos.

LA CIENCIA Y EL DEBIDO PROCESO

La propia comunidad científica recientemente estableció un mecanismo formal para complementar el juego informal, imperfecto y libre del intercambio de información. Las instituciones de investigación públicas y privadas tienen procedimientos complejos para manejar las acusaciones en el sentido de que los científicos se han comportado indebidamente en algún sentido. Pero estos procedimientos en sí se han convertido en algo terriblemente engorroso a medida que se unen y adoptan los estándares de un sistema legal adversativo.

⁵ “Breast Cancer: How to Mishandle Misconduct,” *Journal of the American Medical Association*, 20 de abril de 1994, 1205.

El descubrimiento de la causa del SIDA nos ofrece un ejemplo vívido. El doctor Gallo y su jefe de laboratorio, Mikulas Popovic, fueron hallados culpables de mala conducta científica por los funcionarios del Departamento de Salud y Servicios Humanos encargados de examinar los asuntos relacionados con la integridad de la investigación. El panel de científicos externos de la Academia Nacional de Ciencias al cual el Instituto Nacional de Salud le pidió revisar sus investigaciones, criticó fuertemente al doctor Gallo. Reportaron que habían encontrado en el asunto “un patrón de comportamiento de parte del doctor Gallo que repetidamente falsea, suprime y distorsiona los datos y sus interpretaciones.” Y acusaron al doctor Gallo de “un alto grado de imprudencia intelectual” y de la “apropiación intelectual del aislado viral francés”.⁶

Ambos científicos acusados apelaron los hallazgos oficiales de mala conducta (el informe emitido por sus distinguidos colegas era de naturaleza asesora y no era apelable). La junta de apelaciones de abogados (no científicos) reunida por el Departamento de Servicios Humanos anuló la acusación de mala conducta científica en contra del doctor Popovic, diciendo que el registro de sus audiencias no respaldaba dicho hallazgo. Sostuvo que, a menos que las declaraciones hechas en publicaciones científicas no se puedan interpretar de una forma razonable que se ajuste a la verdad, no puede haber hallazgos de mala conducta. La junta de apelaciones también redujo significativamente el caso que plantearon los investigadores contra el doctor Gallo. En ambos casos el panel excluyó toda la evidencia del contexto más amplio que vertía luz sobre lo que los científicos habían hecho y lo que querían que la gente creyera por medio de lo que habían escrito y dicho. Esto se hizo sobre las bases de la “equidad fundamental”.⁷ Después de estas decisiones de la junta de apelaciones, la Oficina de Integridad del Servicio del Departamento de Salud y Servicios Humanos retiró su caso contra el doctor Gallo aunque expresó públicamente que no había cambiado su opinión respecto a la conducta del mismo.

⁶ Richard Report op. Cit.

⁷ En el asunto del Dr. Robert Gallo, fallo sobre oferta de prueba del ORI, Junta de Apelaciones del Departamento de Salud y Servicios Humanos, caso no. A-93-91, p. 4.

Desde el comienzo, Crewdson había estado sometido a los ataques de los escritores científicos del *Washington Post*, de las revistas *Science* y *Nature*, etc. Por consiguiente, no hubo sorpresa cuando, luego de las decisiones de la junta de apelaciones y de que el Departamento de Salud y Servicios Humanos retirara los cargos, la revista *Time* dijo que el doctor Gallo había sido vindicado pese a que el *Tribune* le había crucificado.⁸ El director de ciencias del *New York Times*, Nicolas Wade, en la revista *Times Sunday Magazine* llegó a la conclusión de que los críticos del doctor Gallo, incluyendo a Crewdson, “habían sido demasiado lentos para corregir su juicio equivocado sobre el único héroe científico que había surgido hasta el momento en la lucha contra el SIDA.”⁹ Entre tanto, un voluminoso informe de un comité del Congreso apoyó las aseveraciones de Crewdson. Y Frederic M. Richards, profesor emérito de la Universidad de Yale que trabajó como consultor científico para el director del Instituto Nacional de Salud en la investigación de Gallo, pidió que se abriera nuevamente la investigación.¹⁰

La historia tendrá que comenzar donde los procedimientos del gobierno concluyeron. Pero el paso del asunto por la burocracia sugiere algo respecto a la naturaleza de los mecanismos oficiales para manejar las acusaciones de mala conducta científica, incluyendo el fraude.

Para cuando el caso llegó a su conclusión, ya se había reducido a unos puntos muy específicos referentes al comportamiento de los científicos. Esta fue, en parte, la consecuencia de un abordaje legalista que a menudo se concentra en acciones individuales, aisladas, en vez de reflexionar sobre una serie de comportamientos en su totalidad.

Al abordar el asunto desde el punto de vista legal, se puede ver alguna justificación forzada para que los abogados del panel de apelaciones del Departamento de Salud y

⁸ Christine Gorman, “Victory at Last for Besieged Virus Hunter,” *Revista Time*, 22 de noviembre de 1993, 61.

⁹ Nicholas Wade, “Method and Madness: The Vindication of Robert Gallo,” *New York Times Sunday Magazine*, 26 de diciembre de 1993, 12.

¹⁰ “Advisor in the Gallo Case Calls for Reopening Probe,” *Science & Government Report*, 15 de mayo 1994, 1.

Servicios Humanos decidiera como lo hizo. La equidad y el debido proceso son conceptos enloquecedoramente elásticos que ofrecen a los abogados mucha discreción. También estaban en juego otros valores. La regla que interpreta todas las declaraciones ambiguas hechas en artículos científicos a favor de una interpretación veraz tiene el efecto de permitir a los científicos una flexibilidad considerable en la expresión, muy parecida a la libertad que tienen los periodistas bajo la regla establecida en el caso *New York Times vs. Sullivan*¹¹ (y en normas como la “Regla de interpretación inocente” de Illinois¹²) para escribir sobre asuntos de interés público sin un temor indebido a las demandas por difamación. Según *Times vs. Sullivan*, los tribunales americanos no pueden responsabilizar a un periódico a menos que se demuestre que intencionalmente ha mentido o actuado de manera irresponsable al no tener en cuenta la verdad. (La norma de la veracidad para los científicos es considerablemente menos exigente. La Junta de Apelaciones del Departamento de Salud y Servicios Humanos indicó que creía que las pautas federales no sancionaban a los científicos por nada que no fueran mentiras intencionales, de manera que las tergiversaciones irresponsables no serían consideradas actos de mala conducta).¹³

Si creemos que en la ciencia, al igual que en la política, un sistema libre y abierto de expresión tiene la máxima oportunidad de acercarse a la verdad, es necesario respetar la decisión de la Junta de Apelaciones de interpretar la ambigüedad a favor del autor, aunque haya tenido que forzar el idioma inglés hasta el límite para encontrar ambigüedades en las declaraciones impugnadas. Esto no refleja necesariamente falta de desprecio por la violación del deber moral de decir la verdad. Simplemente reconoce que un deber legal estricto podría inhibir la comunicación abierta de la cual depende el sistema. El problema es que el régimen legal puede ser confundido con el régimen moral de manera que las personas que deberían estar motivadas por la disciplina ética estricta se confunden. En la ciencia al igual que en el periodismo, los practicantes

¹¹ *New York Times v. Sullivan*, 376 U.S. 255 (1964).

¹² *Chapski v. Copley Press*, 92 Ill. 2d 344 (1982).

¹³ Decisión re: Mikulas Popovic, M.D., HHS Departmental Appeals Board Research Integrity Adjudications Panel, 3 de noviembre de 1993.

pueden tomar su derecho de salirse con la suya cuando tergiversan la verdad como una licencia para mentir.

La diferencia entre el deber moral y el deber legal ayuda a explicar la razón por la cual los integrantes del panel de la Academia Nacional de Ciencias vieron claridad allí donde los miembros no científicos de la Junta de Apelaciones vieron ambigüedad. Los científicos utilizaron una obligación más estricta para su medida.

Desdichadamente, el planteamiento legalista está ganando terreno en el campo puramente científico. Los laboratorios del gobierno, donde el impacto de la mala conducta sobre el gasto de dineros públicos y sobre la discusión de políticas públicas es mayor, se inclinan fuertemente hacia el modelo legal. Esto se debe a que el gobierno puede tomar medidas que afectan adversamente a los individuos (incluso a los altos funcionarios gubernamentales como los médicos que manejan los grandes laboratorios que reciben el apoyo público) solamente después de seguir procedimientos que conceden al individuo la garantía del debido proceso legal. Pero, incluso en instituciones privadas, donde serían más apropiados unos métodos menos legalistas, el modelo adversativo se está adoptando con una frecuencia creciente. Charles Maechling, Jr., profesor de leyes y ex-asesor general diputado de la Fundación Nacional para las Ciencias, escribió: “Esto está distorsionando la delicada tarea de investigar las prácticas dudosas en la investigación y podría causar daños permanentes a la salud de la ciencia en los Estados Unidos.”¹⁴

Maechling no es el único que tiene esta preocupación. A continuación presentamos una declaración aprobada por el Consejo de la Academia Nacional de Ciencias y varios otros grupos:¹⁵

¹⁴ Charles Maechling, Jr., “Laboratory Is Not a Court-room”, *Issues in Science and Technology* (Spring 1992), 73.

¹⁵ Declaración de los concejos de la Academia Nacional de Ciencias e Instituto de Medicina y el Concejo Ejecutivo de la Academia Nacional de Ingeniería, *Actas de la Academia Nacional de Ciencias* 91 (26 de abril de 1994), 3479.

Las decisiones recientes del Departamento de Salud y Servicios Humanos en casos específicos han sido interpretadas por algunos científicos como limitantes de las actividades que se definen como mala conducta en las ciencias. Esas decisiones no se deben interpretar como que significan que la comunidad científica puede reducir sus esfuerzos en asuntos éticos. Además, otros problemas, como las prácticas investigativas cuestionables, requieren nuestra atención constante. *Como miembros de la comunidad de investigadores profesionales debemos luchar por desarrollar y mantener normas más generales que las que se tienen en cuenta dentro del marco legal y regulatorio del gobierno para el manejo de la mala conducta en las ciencias.* (El énfasis está en el original).

Si continúa, la tendencia hacia el modelo legalista del debido proceso para tener en cuenta las acusaciones de mala conducta científica— especialmente la mentira respecto a la investigación— nos dejará en la siguiente situación: el método informal de la auto-corrección científica operará muy lentamente, si es que opera. El mecanismo formal tolerará muchas violaciones de la disciplina de la verdad para que no se inhiba la libre expresión la cual, a la larga, ofrece el mejor camino para adelantar el conocimiento. De manera que, a menos que la prensa, que también tiene cierta flexibilidad legal, u otras instituciones privadas sometan los asuntos científicos a un escrutinio detallado e independiente, con frecuencia no quedará satisfecho el interés de la comunidad por una corrección rápida de las inexactitudes cometidas por los científicos dedicados a los proyectos que tienen importancia pública inmediata y significativa.

Por esta razón, el periódico debe comenzar a mirar con ojos más críticos el trabajo de las ciencias y otras especialidades complejas que afectan tan poderosamente las vidas de las personas. Probablemente es más importante que los periódicos ejerzan la vigilancia en términos del fraude en estas áreas que en los lugares más tradicionales donde a éstos les gusta investigar (como la concesión de contratos gubernamentales, la

selección de personal para empleos, etc.), simplemente porque el trabajo es tan difícil que muy pocas otras personas se dedicarán a hacerlo.

Crewdson escribió sobre esto en un artículo titulado “Perky Cheerleaders”, en *Nieman Reports* en el cual regañó a los escritores de ciencias por su credulidad respecto a la ciencia, la medicina, la salud, la tecnología y el medio ambiente, credulidad que él llama “complejo tecnológico”.¹⁶

La falla del periodismo americano estriba en algo más que no haber mantenido la honestidad en las ciencias. Se trata de no haberse hecho tan sofisticados respecto a lo que sucede dentro del complejo tecnológico como lo son en las finanzas, la política o los asuntos internacionales. En última instancia, el complejo tecnológico no se refiere a las ciencias. Se trata de asuntos vitales de las políticas públicas, respecto a cómo se gastan sumas enormes del dinero público, respecto a cómo se salvan y se pierden vidas humanas, y respecto a cómo se viven esas vidas. El complejo tecnológico es demasiado importante para dejárselo a los reporteros que gustan de las ciencias, los reporteros que están más interesados en por qué explotan los volcanes y cómo se aparean las abejas.

Obviamente, existe un lugar para la explicación de por qué explotan los volcanes. Es parte de lo que hacen los periódicos a favor de sus lectores. Pero Crewdson tiene razón al decir que el periodismo científico también debe meterse en ese otro campo. Eso nos deja con el interrogante de cómo pueden hacerlo los periódicos cuando los temas en cuestión con frecuencia son muy oscuros y difíciles.

LA CLASE DE PERIODISTAS QUE NECESITAN LOS PERIÓDICOS

La respuesta está en la educación de los periodistas y las expectativas que tienen los periódicos de ellos. Hubo una época en que los reporteros de los periódicos solamente necesitaban el don para trabajar con las palabras y suficiente empuje para entrar por la

¹⁶ John Crewdson, “Perky Cheerleaders;” *Nieman Reports* (Winter 1993), 16.

puerta. Después de eso, aprendían sobre la marcha. Aprendían a escribir noticias duras y artículos especiales. En algunos periódicos, incluso pudieron haber tenido una 'prueba' del trabajo en una revista. Aprendieron las técnicas para obtener información a través del teléfono y personalmente. También aprendieron sobre el mundo, generalmente a partir del departamento de policía.

Obtenían una educación anecdótica respecto a las instituciones, a menudo mientras tomaban unos cuantos tragos en el bar local después del trabajo. (“¿Oíste lo que dijo ese tonto superintendente hoy? Dijo que iba a colocar todas las patrullas en zonas predeterminadas en autos con un solo hombre. Sería como darles a los malos un juego de llaves maestras.”) De hecho, el aprendizaje se iniciaba por el final y no por el comienzo. Se basaba en los asuntos de actualidad y no en un fundamento de conocimientos generales y habilidades analíticas.

Esto sí tuvo el efecto saludable de preparar a los reporteros de los periódicos para sentirse cómodos manejando asuntos nuevos para ellos. Debido a que con frecuencia carecían de educación formal, casi todo era nuevo para ellos. Y cuando no era nuevo, muy a menudo sus percepciones reflejaban la sabiduría impartida por las instituciones que ellos cubrían. No es sorprendente, entonces, que los periódicos hayan tardado tanto en manejar de manera decisiva asuntos como la brutalidad policial y la discriminación racial y sexual. Para cuando un reportero alcanzaba suficiente prestigio para buscar historias como esa, podía ya haber dejado de considerarlas noticia. A veces fueron necesarios los periodistas descontentos o los extraños obsesivos para romper con la opinión convencional.

La educación en las habilidades y valores del oficio de las noticias funcionaba de la misma manera. Los reporteros y los editores de textos aprendían sobre la marcha (“¿Cómo se llama esto, compañeros? ¿Poesía? Déjenselo a los intelectuales. Un periódico entrega las noticias de manera directa y simple.”) Aprendieron de sus compañeros y de las fuentes de noticias dónde estaban los límites, dónde era seguro bravuconear y quién podía responder a un ataque. Observaron a algunos reporteros

embellecer los hechos y obtener buen despliegue. Observaron a otros mentir por teléfono y obtener resultados. Nadie les dio un libro de reglas y nadie quería debatir la ética en detalle. Una noche, cuando estaba trabajando en el *Chicago Daily News*, el director de noticias para la ciudad en el turno de la noche estaba sentado meneando la cabeza ante una columna sindicada que estaba leyendo en el teletipo. “Miren esto. Pone a George Romney haciendo una pausa para tomarse un trago de escocés. Romney es un mormón. Aprende esta lección muchacho. Cuando el viento sopla, haz que las cortinas se muevan.” La capacitación sobre ética en el trabajo era despiadadamente práctica.

Las escuelas de periodismo aportaban cierto contrapeso. Fueron instrumentales en la profesionalización del reportaje de las noticias, su edición y su redacción. A menudo incluían clases obligatorias sobre la historia del periodismo, el papel social de la prensa y los problemas legales y morales que afrontaba el negocio. Impartieron a los egresados la osadía para insistir en la independencia para publicar las cosas que pudieran estar en conflicto con los intereses de los anunciantes, para poner en tela de juicio prácticas como el engaño y la exageración que se habían usado durante años. Usualmente, el pénsum de pregrado exigía a los estudiantes tomar cursos que se concentraban en una ciencia social, como las ciencias políticas, la historia o la economía, para aportar una base de conocimientos sobre las instituciones respecto a las cuales escriben los periódicos. En el ámbito de post-grado, el pénsum podría adaptar esas lecciones a las necesidades específicas de los periodistas. (Cuando enseñé un seminario sobre legislación del periodismo a un grupo de post-grado, uno de los grandes desafíos pedagógicos que tuve que afrontar fue hacer comprender a los alumnos que enseñarles a cubrir un juicio no era una manera especialmente buena de aprovechar su valioso tiempo.) Y en todos los niveles había grandes cantidades de entrenamiento práctico, “de laboratorio,” sobre la escritura y la edición.

Estos elementos de la educación en periodismo —instrucción práctica en la escritura de noticias y las aptitudes para la edición, la introducción a las dimensiones sociales y morales del trabajo y unas bases generales en una disciplina académica tradicional—

se deben replantear para que la educación en periodismo ayude a transformar las prácticas del negocio del mañana tan eficazmente como la profesionalizó en el pasado.

La importancia de ofrecer una base firme en los imperativos sociales y morales de una prensa libre no ha disminuido, aunque al leer las publicaciones profesionales parecería que demasiadas personas estuvieran luchando la última guerra. La necesidad de ser independientes de los anunciantes para poder hacer juicios sobre las noticias ha quedado bien establecida así como la necesidad de mirar las distintas instituciones importantes en la comunidad desde una distancia crítica. Pero la relación correcta entre las funciones de noticias y de mercadeo requiere un examen cuidadoso al igual que el tema de cómo deben las noticias manejar los reportajes sobre percepciones cuando la noticia tiene un papel tan decisivo en la formación de dichas percepciones. Necesitamos que las escuelas fueren a los alumnos a pensar sobre temas clave, como la manera en que los periódicos pueden tener una voz única y un sentido más o menos coherente del mundo y permanecer fieles a su disciplina de la verdad. Me gustaría ver más discusiones penetrantes que relacionen los problemas del periodismo con las principales corrientes del pensamiento moral. Dios sabe que no carecemos de debates éticos. A veces parece que es lo que más nos gusta, pero no tenemos la clase de discusión que lleva el entendimiento más allá del uso apasionado de los clichés. Las escuelas de periodismo necesitan refrescar la discusión en el negocio de las noticias por medio de lo que sus profesores publican y a través de lo que los alumnos envían a la sala de redacción.

Las habilidades prácticas en el reportaje y la edición de noticias no se tienen que enseñar en la universidad. El tiempo de los estudiantes es limitado y las otras necesidades pedagógicas son enormes. El antiguo modelo de aprender en el trabajo los fundamentos del reportaje y la escritura de las noticias convencionales y el dominio de otras técnicas básicas funciona muy bien. Lo mejor que puede hacer una universidad es tratar de simular la experiencia de una sala de redacción real, bien sea a través de laboratorios o publicando un periódico o una revista. Por otra parte, debido a que la naturaleza de la escritura de las noticias está cambiando —desapareciendo las

formas antiguas y quedando únicamente los elementos más clásicos— es necesario fortalecer el componente básico de la escritura en la educación periodística.

En los periódicos de hoy necesitamos escritores que puedan pensar hasta llegar al abordaje correcto de cada historia en vez de simplemente ajustar sus notas a la categoría de periodismo que más se aproxime —noticias duras, artículo especial o interés humano. Y necesitamos directores que estén dispuestos a publicar los resultados. En este exigente arte, no basta una vida para aprender todo lo que necesita saber un escritor. Y a medida que el mensaje se hace más complicado, crece el reto. Necesitamos periodistas que puedan contar una historia como la del descubrimiento del SIDA de una manera que llegue y persuada tanto a los científicos como al público general. Las facultades de inglés en general han abandonado la tarea de enseñar este tipo de escritura. Es demasiado frecuente que también hayan abandonado la práctica de este tipo de escritura, como lo demuestra una mirada casual a la mayoría de las publicaciones académicas sobre crítica literaria y escolástica. A los periodistas jóvenes les será difícil aprender en el trabajo el tipo de escritura cuya necesidad los periódicos apenas están descubriendo. De manera que el trabajo intenso en las facultades universitarias o de postgrado sobre los elementos clásicos de la buena redacción deben ser el centro de todo los pênsumes de periodismo, incluso a expensas de la capacitación general y la práctica en la redacción de noticias, edición y diseño de páginas.

Pero, ¿cómo preparar a los periodistas para afrontar asuntos tecnológicos complejos? La costumbre de apoyarse en las lecciones de la historia o de las ciencias políticas, aunque esas disciplinas son útiles para ayudar a los estudiantes a formarse una idea coherente de cómo funciona la sociedad en general, no necesariamente les preparará para escrutar los campos técnicos de la investigación. Los periódicos no pueden subdividir las áreas en estos campos como las universidades han subdividido las áreas académicas; temas tan reducidos no serían suficientemente productivos a largo plazo. De hecho, cuando un periodista recibe una asignación demasiado prolongada a un campo determinado, corre el riesgo de ser capturado por la visión del mundo que tiene

la institución que cubre, así como por los temas que fueron de mayor actualidad durante los primeros años del reportero en el campo. Así los periodistas roten o no roten a través de asignaciones especializadas, deben ser más generalistas que expertos técnicos y a la vez deben estar en capacidad de manejar a los expertos desde una posición de fuerza.

Yo tengo algunas sugerencias.

En primer lugar, los periodistas tendrán que familiarizarse y sentirse más cómodos con la tecnología. El componente científico de una educación en periodismo, si lo hay, generalmente no involucra más que un solo año de estudio. Debe aumentar. Al menos el periodista de hoy debe estar totalmente familiarizado con las computadoras y lo que pueden hacer si quiere tener una oportunidad de comprender nuestro mundo o de ayudar a la organización noticiosa a navegar a través de los cambios que impulsa la tecnología. Esto se aplica a todos los periodistas, no sólo a aquellos que tienen intenciones de reportar sobre temas científicos o comerciales, hacia los cuales típicamente gravitan quienes se interesan por la tecnología. Un crítico de cine no puede comprender lo que sucede en la pantalla sin entender las técnicas modernas de las filmaciones computarizadas. Un escritor deportivo no puede comprender cómo se crea un equipo atlético —ni como se obtienen ganancias en el deporte— sin prestar atención a las maquinarias médicas y de otra índole. Al escribir sobre la moda, los alimentos, lo que sea, la ignorancia de la tecnología es tan abrumadora en el periodismo de hoy como lo era la ignorancia de la historia hace cien años.

En segundo lugar, probablemente necesitemos más periodistas que hayan tenido una educación rigurosa en una disciplina especializada. Ya no es raro encontrar abogados trabajando como reporteros y directores. Algunos periódicos tienen médicos en su plantilla de reporteros. La educación académica en literatura, música o arte a menudo prepara a los jóvenes periodistas para carreras como críticos. Un trabajo intenso en el ámbito de postgrado da a la persona el vocabulario, las habilidades analíticas y la confianza para afrontar temas complejos. Le debe preparar para afrontar temas que se

encuentren por fuera del campo específico en el que fue entrenada. El reportero con unas buenas bases en economía verá que, después de sumergirse en esta difícil disciplina, puede comprender más rápidamente un campo de las ciencias físicas que si nunca hubiera tenido que trabajar con masas complicadas de datos y abstracciones matemáticas de orden superior.

En este aspecto, necesitamos que la educación en periodismo sea un mayor reto intelectual por derecho propio. En vez de poner a los estudiantes a leer trabajos escritos para los generalistas o específicamente para periodistas, deben leer textos originales sobre filosofía, ciencias, leyes y otras disciplinas que sean tan difíciles como las que tendrán que manejar en el trabajo. Debido a que a la mayoría de los periodistas nunca se les enseña a leer críticamente un artículo en una revista científica, no es sorprendente que en sus reportajes traten como definitivas, investigaciones con fallas y consideren generales algunas conclusiones limitadas.

Quizá sea necesario utilizar con más frecuencia la educación en mitad de la carrera con el fin de preparar a los periodistas para asignaciones específicas. Los departamentos editoriales de los periódicos son notoriamente deficientes en la capacitación que ofrecen. Han comenzado a despertar a la necesidad de dar a los nuevos directores cierta exposición a las técnicas gerenciales modernas a través de programas como los del Centro de Administración de Medios de la Universidad de Northwestern. Y algunos han enviado el personal a aprender idiomas extranjeros antes de ser asignados a puestos en ultramar. Los programas como el curso de un año que ofrece para periodistas la Escuela de Leyes de Yale son prometedores, aunque recuerdo un comentario hecho por el finado Fred Rodell, un excéntrico profesor de la Escuela de Leyes de Yale, en el sentido de que un año en la facultad de leyes hace que una persona se sienta demasiado bien dispuesta hacia las leyes, mientras que una permanencia de tres años produce una antipatía más apropiada. Los programas cortos, como los ofrecidos por la Fundación para las Comunicaciones Americanas para dar a los periodistas bases en áreas específicas como economía, leyes o ciencias ambientales, ofrecen un valioso antídoto para parte de la ignorancia general sobre esos

temas. Pero, sencillamente, son demasiado modestos como para preparar a alguien para investigar las ciencias u otros campos técnicos con la profundidad y la independencia que necesitamos hoy.

Por ultimo, necesitamos informar a los reporteros que esperamos que produzcan trabajos en campos complejos que se sostengan bajo un examen sofisticado. No podemos aceptar el tipo de ignorancia, como la de los métodos estadísticos básicos, que con frecuencia lleva a escandalosos reportajes sobre las aseveraciones científicas.¹⁷ La simple pose anti-intelectual tan común en las salas de redacción ya no es aceptable y todos los reporteros de nuestro personal editorial deben comprenderlo. El menosprecio es tan poco profesional como la credulidad, y el hecho de no mirar críticamente es tan inaceptable en los campos técnicos como lo sería en un reportaje sobre la asignación de contratos para la construcción de carreteras.

LOS DEBERES DE LOS DEMÁS PARA CON LA VERDAD

No importa el vigor que exhiban los periódicos para reportar sobre las complejidades de la ciencia, la medicina y la tecnología, no habrá sustituto para un nuevo examen por parte de aquellas instituciones de lo que es su propio compromiso con la disciplina de la verdad. La causa de la honestidad intelectual, que últimamente ha sido una batalla perdida, debe ser revivida en todas las esferas de la sociedad. Se debe aclarar la confusión que existe entre lo que la ley exige y lo que requieren la decencia y el respeto propio. El análisis legal es vital pero se debe mantener en su lugar. Las sociedades ilustradas deben ser más activas en estos asuntos. Sus publicaciones, y otras que atienden campos especializados, deben asumir parte de la carga de hacer lo que hacen los periódicos en el examen crítico de la conducta de quienes están dedicados a la investigación importante y deben publicar sus conclusiones cuando encuentren algo incorrecto. La competencia podría motivar a los periódicos a ampliar su cobertura; y la necesidad de un reportaje cuidadoso y detallado en estos campos es tan grande que

¹⁷ See Jon Van, "Press Blew Away Secondhand Smoke Truths," Chicago Tribune, 19 de junio de 1994, Sección Perspectiva; y Max Frankel, "Innumeracy²," The New York Times Magazine, 5 de marzo de 1995, 24.

indudablemente habrá suficientes oportunidades para que todos escriban su historia. Entre tanto, los líderes de las ciencias, la medicina y la tecnología deben aprender a recibir bien el escrutinio del mundo exterior y a crear los medios para que haya un mayor examen desde el interior. Es hora de reconocer que estas disciplinas necesitan ayuda para cumplir con sus obligaciones éticas.

Si los periódicos no prestan a las ciencias, la medicina y la tecnología la clase de atención que se ha acostumbrado a dar a los presidentes, gobernadores, alcaldes y legisladores, los periodistas merecerán ser ridiculizados cuando hablen orgullosamente sobre su propósito social esencial, porque los líderes de la ciencia y la tecnología de hoy marcan una diferencia en la vida de las personas más grande que la que marcan los jefes de Estado. Por razones que discutiré en el próximo capítulo, el público también debe interesarse más por ellos.